

Los monstruos que habitan en la piel

cuentos

Prólogo del autor

En aquella prisión vivía el asesino más despiadado del mundo, el criminal más abominable que la humanidad jamás hubiese conocido. Tal magnitud alcanzó las atrocidades de sus actos que los carceleros asignados para custodiar su celda apenas aguantaban una semana. No podían soportar sus historias.

Aquel monstruo vomitaba sus vivencias con todo lujo de detalles, recreándose en los momentos más sórdidos, exhibiendo las caras más espantosas de la naturaleza humana, infectando las mentes de los guardas, incapaces de asimilar tanto sadismo.

El último funcionario, con fama de tipo duro, tiró la toalla a los tres días. Las pesadillas no le dejaban dormir. No podía quitarse de la cabeza la imagen de aquella muchacha de catorce años. No podía enfrentarse a más historias.

Pese a las infinitas horas de aislamiento y una rutina demoledora, que no permitía diferenciar un día de otro, el monstruo no perdía la cordura. Ni la oportunidad de torturar los oídos y los corazones de aquellas personas que quedaban expuestas a sus palabras.

El alcaide podía proporcionar cascos protectores o, como muchos reclamaban, silenciar al monstruo con una mordaza. Pero se le ocurrió una idea mejor. Neutralizaría el veneno con veneno, y mandó llamar al celador más despreciable del mundo, el hombre que mejor empuñaba los cuchillos de la opresión estatal, el carnicero del sistema. Siempre al filo de la ley, implacable, insaciable, aquel especialista desnudaba las emociones de los asesinos, rajaba la piel fina, trémula, y los miedos más profundos brotaban como una cascada de hemoglobina. Sí, el celador más despreciable del mundo atesoraba una colección de monstruos desangrados por la brutalidad de sus métodos, disecados como momias decrepitas que exhalaban sus últimos y penosos días en las peores cárceles del país. Y así debería acabar el asesino más despiadado del mundo.

– Buenas noches. – dijo el celador, con su voz metálica.

– Oh, ¡qué bien! Un nuevo espectador dispuesto a deleitarse con mis retorcidas historias. – aulló el asesino.

– Ya lo entiendo, usted necesita compañía.

El asesino le examinó con curiosidad y sonrió, mostrando sus negras encías.

– Pero no necesariamente humana. Me vendría bien cualquier ser vivo, un pájaro, un gatito, una lagartija, una mosca. Ninguna vida es insignificante. Bueno, usted no lo entenderá porque dudo que haya leído *Drácula* y menos, que esté familiarizado con el personaje de R.M. Renfield.

El celador dibujó una sonrisa aún más descarnada.

– No. Pero sé que usted es un gran lector. Me he informado, sabe, por eso le he traído este libro. Para que pueda entretenerse, ¿qué le parece?

El asesino observaba con cierta desconfianza y el celador empezó a ojear aquel tomo encuadernado en octavo, pasando sus páginas amarillentas, comentando en voz alta, reflexionando.

– Es increíble lo que uno puede aprender con los libros, por ejemplo, podemos aprender sobre cosas que no se ven a simple vista, cosas que ocurren delante de nuestras narices, en nuestra propia piel.

El celador clavó los ojos en el asesino y se dio cuenta de que había captado su interés.

– No puedo proporcionarle ningún animal de compañía, quizás usted pueda cazar algún insecto atraído por la mugre de su celda. Sin embargo, si lo que busca es la compañía de seres vivos no se preocupe. Usted no está solo.

Entonces el celador volvió a posar la vista en el libro.

– Fíjese, aquí pone que más de un millón de ácaros viven en nuestra piel, aproximadamente, dos ácaros por centímetro cuadrado. Pero si no se mantiene una higiene adecuada, como sin duda es su caso, esa cifra se puede multiplicar por diez, o incluso por veinte.

El asesino le examinaba en silencio, rascándose el antebrazo. El celador pasó de página.

– Es increíble, estos bichos se reproducen, se alimentan y se cagan en nuestra piel, y como no tienen ano, acumulan toda la comida hasta que explotan. Esa es su forma de morir. ¿Se imagina? Millones de ácaros poniendo huevos en la piel, comiendo, fornicando, explotando. Menuda locura, ¿no?

El celador deslizó el libro por el buzón de la puerta, pero el asesino no se movió de su sitio.

– Supongo que estará harto de contar las mismas historias, por eso quiero que se lea este libro. Tiene todo el tiempo del mundo para disfrutarlo, para sacar sus propias conclusiones.

El asesino tardó varias horas en tocar el libro, en leer la portada: *Historia natural de los ácaros del cuerpo humano*. Un sello de agua indicaba que había pertenecido a la universidad. Por lo demás se trataba de un volumen algo ajado, la edición no resultaba muy atractiva, no invitaba a leerlo. Sin embargo, más allá de los breves momentos que disponía para atormentar a los funcionarios, el asesino no tenía nada mejor que hacer y pasadas las diez primeras páginas ya se había sumergido en el mundo invisible de los artrópodos que eligen nuestro cuerpo para vivir, como parásitos perpetuos y satisfechos. Ensimismado en su lectura, aprendió mucho acerca de aquellos organismos microscópicos: descubrió que llevan miles de años evolucionando con nosotros y se familiarizó con las dos especies que habitan en la piel del ser humano, el *Demodex folliculorum* y el *Demodex brevis*. Se alojan principalmente en el rostro, pero también se encuentran cómodos en los genitales, las axilas o el pecho. Unos viven en los poros y funículos del vello capilar, los otros prefieren asentarse en las glándulas sebáceas. Se cree que se alimentan de grasa y células muertas y que cuando explotan, liberan bacterias, desechos y toxinas. Si la población de ácaros en la piel es equilibrada su presencia no perjudica al huésped, en cambio, si se multiplican pueden causar irritación permanente, escozor y manchas. Enfermedades cutáneas como la rosácea se asocian a un excesivo número de ácaros en la cara.

El asesino asimilaba conceptos, profundizaba en sus conocimientos sobre la materia y a partir de la segunda noche, empezó a tomarse en serio su higiene personal y el mantenimiento de la celda. Ahora veía su cama con otros ojos, sacudía la almohada, la manta, las sábanas y según pasaban los días, el afán de mantenerse limpio iba creciendo obsesivamente en su cabeza. El asesino era consciente de la frenética actividad que estaba desarrollándose, del bullicio de millones de ácaros naciendo y descomponiéndose en su piel.

Cuatro noches después ya se había releído el ensayo tres veces. En apenas unas tardes aprendió más de microbiología que en toda su vida. Siempre se sintió atraído por la anatomía. Abrir un cuerpo en canal y ver cómo es por dentro le parecía fascinante, pero esto era otra historia. El asesino entendió que, según el tamaño de las cosas, él mismo podría ser un continente de biodiversidad, una gigantesca extensión de bosques de pelos como lanzas escamosas, de cordilleras de forúnculos con las cimas coronadas de pus, de ríos de aceite que fluyen espesos a través de las células. Y en cada ecosistema, en cada centímetro cuadrado de piel, criaturas espeluznantes tratan de hacerse un hueco, aferrándose a la vida a costa de su persona. De pronto, un picor en la nuca o un sarpullido en la frente tomaron una nueva dimensión.

El asesino ya no estaba interesado en el libro, tampoco en torturar al personal relatando sus matanzas. Solo insistía en que le pusieran sábanas nuevas. Y suplicaba por darse una ducha. El celador sonreía.

– Lo siento, pero estamos sustituyendo las cañerías y las duchas no estarán operativas hasta dentro de, por lo menos, una semana.

El asesino sollozaba de pura desesperación.

– Por favor, al menos deme ropa limpia, o sábanas nuevas.

– Lo siento, pero hemos tenido una avería en el cuarto de la lavandería, ya sabe cómo son esas dichosas secadoras industriales, siempre dan problemas.

El asesino le miró perplejo, impotente. Y el celador acentuó su sonrisa.

– Pero si quiere, le puedo traer otro libro.

Entonces el asesino empezó a reírse, histérico. Su carcajada no sonaba bien.

La sensación de picor ya era generalizada, cada vez más persistente, cada vez más sintomático. El asesino sabía que los monstruos que habitan en la piel le habían declarado la guerra. Lo supo cuando descubrió las ronchas que salpicaban su abdomen. Algunas eran grandes y violáceas, otras, más pequeñas, se endurecían como costras amarillentas. La infección no tardó en extenderse: ácaros de la sarna cavando diminutos túneles en los testículos, hordas de piojos y pulgas saltando en el cuero cabelludo, en los brazos, en las piernas, depositando sus huevos, succionando la sangre.

De nada sirvió que exhibiera sus erupciones cutáneas, que pidiera a gritos la intervención de un médico. El celador siempre encontraba una excusa para prolongar aún más su agonía.

– Lo siento, pero ahora el doctor está muy ocupado. Por lo visto hay un foco de gripe y muchos reclusos que atender. Sinceramente, no sé cuándo podrá darle cita.

Esa misma noche, el celador llamó a los funcionarios que fueron atormentados por las palabras del asesino y juntos, escucharon con regocijo sus gritos, súplicas incomprensibles, jadeos guturales y aullidos que se prolongaban durante horas, que expresaban las capas más profundas del dolor y la desesperación.

Por la mañana, el celador se aproximó a la celda y sus ojos le devolvieron una escena demencial. El monstruo se había desprendido de gran parte de su epidermis, despellejándose la piel a tirones, extendiendo láminas ensangrentadas en el suelo, deshaciéndose de su propio ser. Consiguió hacer todo eso antes de morir desangrado.

El celador fue el primero en enloquecer. Después cayeron los forenses, los científicos y todo aquel que osara descifrar las palabras firmadas a sangre en el cuero putrefacto del asesino más despiadado del mundo. Solo bastaba leer unos párrafos para caer en una espiral de horror. Historias terribles cosidas por millones de mandíbulas hambrientas, relatos que permanecen enquistados en la corteza cerebral, que supuran burbujeantes en la piel, pervirtiendo la conciencia, infectando el alma.

Los cuentos que vienen a continuación forman parte de esa extensión de piel que nadie alcanzó a interpretar. Crónicas que viajan del esperpento cotidiano al abismo de lo sobrenatural. Personas arrasadas por el dolor de la experiencia, pérdidas, monstruos invisibles que surgen de las desgracias de la existencia, del espanto de saber que la única certeza que hay en esta vida es la muerte.

Querido lector, querida lectora, espero que se ponga en la piel del asesino más despiadado del mundo y que disfrute de sus espeluznantes historias.

Jaime Angulo Delgado

